

*La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica, y su derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo. Pone a aquellos que producen, distribuyen y consumen alimentos en el corazón de los sistemas y ubica a las políticas alimentarias*



# **Niebla** **en la mirada**

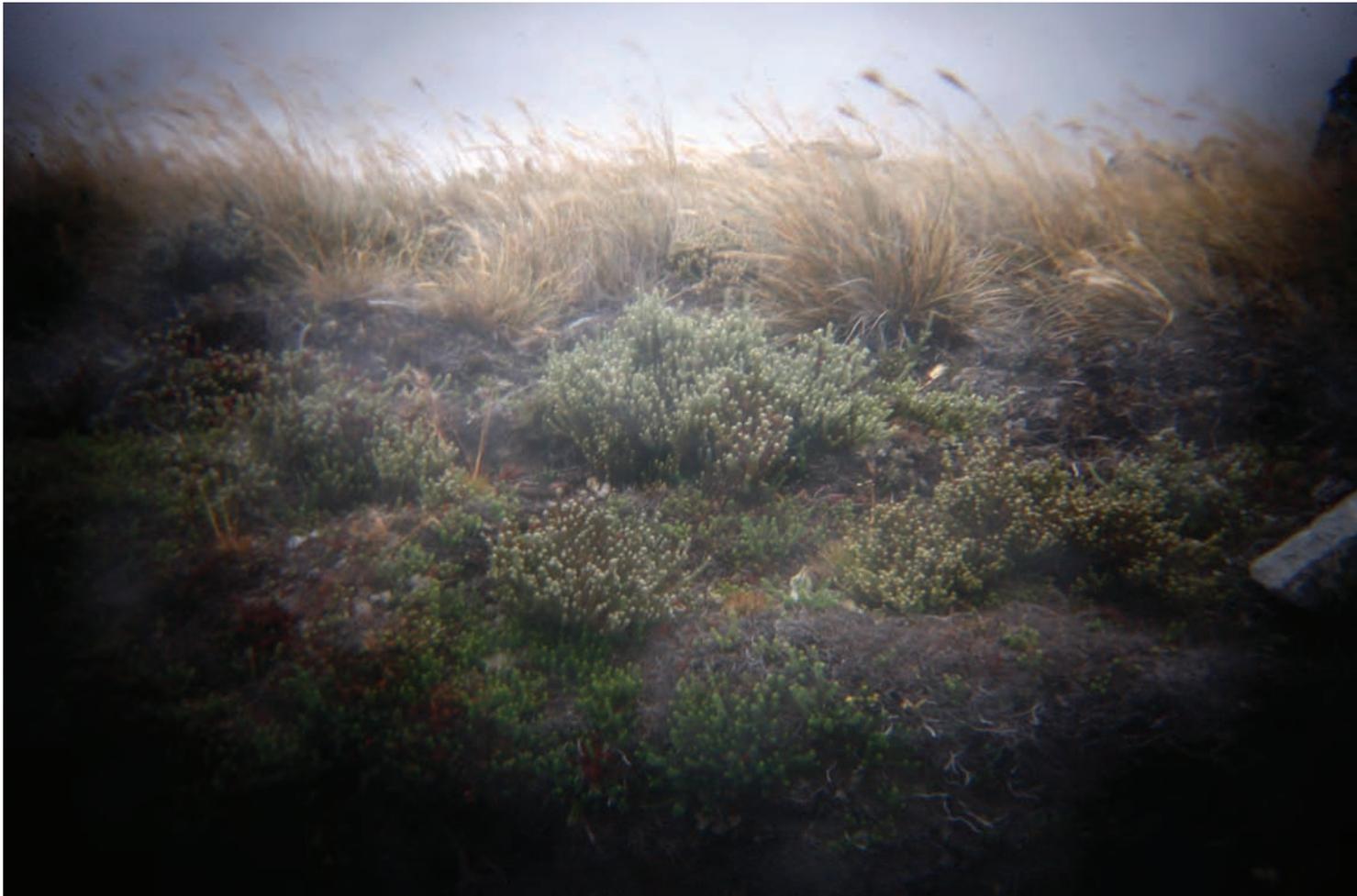
*por encima de las exigencias de los mercados y de las empresas. La soberanía alimentaria defiende los intereses de las futuras generaciones. Ofrece una estrategia para resistir y desmantelar el comercio libre y corporativo, para encauzar los sistemas alimentarios, agrícolas, pastoriles y de pesca gestionados por los productores y productoras locales.*

*Declaración de Nyéléni, 2007*



**Gonzalo Mainoldi** comenzó hace varios años un ensayo fotográfico sobre lo que quedó de la Guerra de Malvinas: objetos atesorados por los ex combatientes como pequeños monumentos personales, y retratos suyos en la intimidad familiar, el único lugar en el que fueron recibidos en junio de 1982. Con el tiempo, los objetos y los precoces “veteranos” se convirtieron en otros. Faltaba cerrar el círculo con el viaje a las islas, en las que Mainoldi aterrizó en febrero de 2012 ¿para ver qué? A simple vista, un desierto austral en el que, un poco más allá de la población, se alzan con discreción las tumbas de los soldados –las “bajas” para la estadística militar –, la chatarra bélica y un paisaje de piedras. Pero no sólo vio los vestigios materiales que, sin dudas, hablan. Retratista del tiempo, lo que vio a través de su otro yo tecnológico –la cámara, herramienta testigo capaz de revelar lo invisible-, fue el efecto de los años operando como cura, o al menos como placebo, del daño que produce esa masacre entre desconocidos que llamamos guerra.

*“Ciudadanos: la energía es el recurso de las almas grandes. Ella nos ha hecho hijos de la victoria y plantado para siempre el laurel en nuestro suelo. [...] No hay un solo golpe de energía que no sea marcado con el laurel.”*



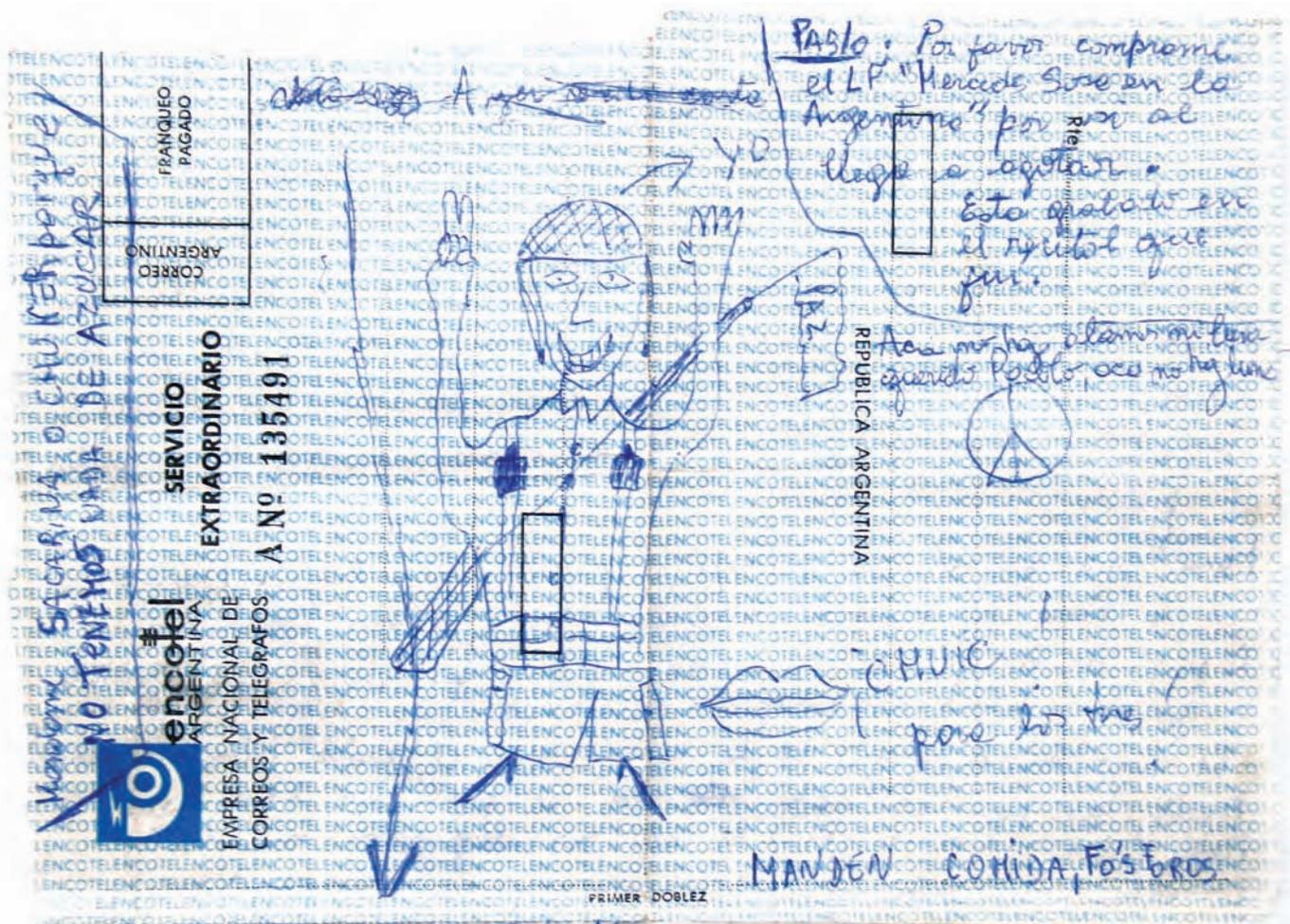
texto  
**Celina Artigas**

**A**bril de 1982. La memoria de Gonzalo Mainoldi sobre Malvinas empieza con la luz escasa y fría de los tubos fluorescentes que alumbraban la cocina de la casa de sus padres. Tenía cinco años. Estaba metido en su cama, tapado con una frazada, con la mirada fija en los ángulos que dibujaba la luz en las paredes y en el piso. Desde allí se escuchaba la radio que, en la cocina, tenía encendida a su mamá. De pronto, la voz de ella sonó muy clara: “Pobres chicos”, dijo, y se largó a llorar. Ese es el primer recuerdo que encuentra Mainoldi. Hay dos más. Uno: la calcomanía de Malvinas pintada con los colores celeste y blanco y pegada en el costado del televisor antiguo, frente a la heladera Siam. Tenía una inscripción: “son argentinas”. Dos: la bandera argentina que le regaló su papá a él, cuando se declaró la guerra.

Estos episodios explican la década de búsqueda que le llevó este trabajo y por qué necesitó conocer y oír a los protagonistas de los hechos para, luego, retratarlos. El ensayo comenzó en el 2003 cuando Mainoldi empezó a estudiar fotografía con Silvio “Mickey” Zuccheri, quien lo recibió a lo largo de tres años en su estudio de San Telmo: “Mickey me enseñó mucho más que técnica. Me enseñó a amar el trabajo, a respetarlo. A ser sincero con aquello que uno elige ver, a sentir por qué algo es un tema para uno desde un lugar auténtico y personal. Fue clave para mí, como persona y como fotógrafo, en muchos sentidos”. Bucear en las vidas ajenas significa buscarse, clavar las estacas en el suelo que sostendrán el lienzo de la realidad, y elegir el borde. “Cuando me di cuenta de que no había un tema que me moviera más que Malvinas, mi tía me regaló la colección de revistas

*¿Qué glorias no habéis adquirido ostentando esta virtud? [...] Ciudadanos: hacernos respetables es la garantía indestructible de vuestros afanes ulteriores por conservarles”.*

*José Artigas,  
Discurso inaugural al Congreso de abril de 1813.*



Gente de la época de la guerra. Yo las ordené por número y cuando terminé la pila, en la primera revista con una edición dedicada a Malvinas, la primera foto que apareció fue la de los marines con las manos en la cabeza. En los créditos decía: ILA (Imagen Latinoamericana). Uno de los fundadores de esa agencia era Zuccheri”.

Escribir la propia realidad, en cambio, supone otro camino. Lento, personal, cargado de acción y de presente. Allí aparece la pregunta que queda sin respuesta: ¿qué fue y qué es hoy Malvinas, treinta años después? Es una pregunta que se mueve. Para Mainoldi, al principio de la ruta, Malvinas era sus primeros recuerdos. Los imaginados estallidos sobre la tierra perdida. Pedazos de cosas que empezaban a aparecer en el horizonte plano de una tela blanca montada en su estudio. Retratos y relatos de algunos

ex combatientes: “Al primero que conocí fue a Martín Raniqueo. Fue muy conmovedor. Nos entendimos desde el principio, en una charla por teléfono y decidimos encontrarnos una semana después en el Café de las Artes. Me dijo: nunca tuve una cita a ciegas. Pero bueno, te vas a dar cuenta porque siempre estoy vestido de negro”. Unos días después, Mainoldi se había metido en su casa de City Bell y juntos leían una carta que Martín había escrito a su familia desde las islas: “Creo que esa carta fue el disparador para retratar los objetos que tenían vida, tiempo inscripto. Me llamó la atención que en esa carta Martín le pedía puchos a su hermano y disculpas al padre porque se estaba enterando por la carta que él fumaba. Era evidente la locura de esa guerra, a quienes había mandado a pelear: eran chicos”.

Recién en febrero de 2012 Mainoldi viajó a Malvinas:

*Y cuando se determine si los pueblos que han sabido fundarse por sí, y mejor mientras más lejos, deben abdicar su soberanía en favor del que con más obligación de ayudarles no les ayudó jamás. O si conviene poner clara, y donde el universo la vea, la determinación de vivir en la salud de la verdad, sin*



“Fui a conocer el territorio y a cerrar el ensayo. Necesitaba terminar con el tema, dejarlo ir. Entre otras cosas, me di cuenta de que los protagonistas que yo había conocido no son una muestra representativa de todos los soldados. La gente del regimiento 7 de La Plata, en su mayoría, había vuelto a una ciudad universitaria, con más herramientas de contención, desde el acceso a la salud y la educación hasta la forma de pensar lo que había ocurrido. En las islas estuve con otros ex combatientes y no era la misma historia para todos. Había muchas diferencias. Había ex combatientes que habían sido prisioneros de guerra, otros que habían entrado en combate, otros que esperaron en Puerto Argentino. Y, cada uno, a su vez, había vuelto a su lugar y en muchos casos no fueron reconocidos ni tratados como se debía por parte de la sociedad. Eso me hizo repensar si tenía

que haber o no retratos en el ensayo. Porque los paisajes y los objetos sí hablaban sobre todos, pero los retratos eran una historia dentro de la historia de Malvinas”, observa Mainoldi.

Durante un tiempo los dejó de lado. Pero ahora vuelve a mirarlos y ve expresiones que trascienden las historias puntuales. Y piensa en una nueva aproximación: salir a buscar a otros protagonistas por las provincias argentinas. Incluso con las vueltas que pueda dar aún este ensayo, dentro y fuera de su cabeza, Malvinas es ahora, ante él, una tierra encontrada. Con pliegues, honduras y horizontes que se superponen. Es el dolor de tanto tiempo y, también, la alegría del reencuentro de los excombatientes que se abrazaron al pie de Monte Longdon, frente a los ojos del fotógrafo. La vida y la muerte están allí con todos los recuerdos enlazados. Están sus huellas y las de otras

*alianzas innecesarias con un pueblo agresivo de otra composición y fin, antes de que la demanda de alianza forzosa se encone y haga caso de vanidad y punto de honra nacional (...)*

*José Martí (Nuestra América)*



caminatas sobre los territorios de combate, en un sitio propio que les es ajeno. Hay objetos desparpados por el suelo que hablan de la guerra: pavas desfondadas, zapatillas que han perdido todo menos la suela, latas de paté oxidadas, pilas Everready rojas con un gato negro, borceguíes sin cordones, camisas que parecen sudarios. Mainoldi los ve, los mira, avanza entre el frío y los deja allí. No se anima a levantar del suelo lo que ha quedado como único testimonio "argentino" en una tierra distante que sentimos propia.

A seis meses desde su regreso de las islas, sentado en una de las banquetas de su estudio, mientras las fotos pasan solas en su computadora, comprende que ver con claridad es, a veces, poder hacerse eco de la niebla, y arriesga que encontró Malvinas cuando dejó de buscar explicaciones. El pasado es ese caos

—parches, objetos rotos que sobreviven, personas, relatos— que se ordena de algún modo.

Pero a veces cambia. Por lo que, tal vez, este ensayo todavía no ha concluido.

Sobre los objetos que han marcado la vida de Gonzalo Mainoldi, hay uno que sí conserva desde que era un niño: la bandera de Argentina. Al volver de las islas, se la regaló a su primer hijo varón, José. Tiene cuatro años y es fan del soldado Cabral y de San Martín. Un día, parado sobre un cajón de manzanas, montando la oveja de su hermana Clarita, intentó liberar Los Andes. Como Rodrigo de la Serna en *Revolución: El Cruce de Los Andes*, la película de Leandro Ipiña, el niño gritaba: "¡Seamos libres, que lo demás no importa nada!". Lo seguía su ejército: un Power Ranger y una nena vestida de princesa.